

llama "Madre discreta," la que representa á la superiora lo que las consejeras ú otras personas prudentes le sujieren. La fundadora, que deseaba con el mayor empeño que todas las casas tuviesen la mayor uniformidad posible con la de Burdeos, quiso establecer en ésta una madre general de toda la órden, de quien dependiesen todas las religiosas con la misma subordinacion establecida en la Compañía de Jesus respecto del General. Las primeras religiosas que salieron á fundar, firmaron una declaracion por la que se sujetaban á la superiora de Burdeos, y aún se obtuvo un Breve en Roma para continuarla en su gobierno durante su vida, ó para establecerla solamente general de toda la órden en el tiempo de su cargo, en caso de deponerla; pero esto nunca llegó á ejecutarse. Estas religiosas solo rezan el Oficio de la Virgen cantado todos los dias de fiesta y domingos, y en voz baja los de trabajo: cantan diariamente las letanías lauretanas, y rezan tres veces el rosario, es decir, á la mañana, al medio dia y en la noche. Además de la confesion general de toda su vida que hacen al entrar en la religion, acostumbran hacer otra cada tres meses las hermanas, y cada seis las madres, en la cual se acusan de todos los pecados cometidos durante aquel tiempo, aunque los hayan dicho en sus confesiones particulares. La renovacion de los votos está establecida dos veces al año en las fiestas de la Purificacion y de la Asuncion de Nuestra Señora. Una vez al año hacen ejercicios espirituales durante ocho dias, teniendo entonces lecturas espirituales en comun y en particular. Agregan á todas estas prácticas, ayunos que observan exactamente los sábados del año y todas las vijilias de las fiestas de Nuestra Señora, tienen tambien todos los dias tiempo destinado á exámen particular para combatir algun vicio ó adquirir alguna virtud. Entre las órdenes modernas de religiosas, es una de las que tiene mayor número de establecimientos. Antes de la revolucion los habia en casi todas las ciudades de la Francia, y segun un catálogo que tenemos á la vista, pasaban de 50 los Monasterios y Colegios, y aún en varias poblaciones llegaron á tener dos y tres. En España eran los más famosos, entre varios que habia, los de Tudela, Barcelona, Tarragona y Zaragoza, de donde vino la fundacion á México.

Esta fundacion de tanta gloria de Dios, honor de la Compañía de Jesus, á la que debe su originaria fundacion, es muy digna de recuerdo tanto por los servicios que ella ha prestado á nuestra patria, como por el tierno amor que ha profesado á los Jesuitas, aún en los tiempos de sus mayores calamidades: su monasterio ha sido el primero de su Orden que hubo entre nosotros, y se debe enteramente á la piedad de la Madre María Ignacia Azlor y Echevers: esta grande heroína mexicana nació en la hacienda de S. Francisco de Patos, perteneciente á la Administracion del valle de Santa María de las

Parras, el dia 9 de Octubre de 1715: fueron sus padres D. José de Azlor, hijo segundo del conde de Guara, y D^a Ignacia Javiera Echevers, marquesa de S. Miguel de Aguayo y Santa Olalla, una de las casas más distinguidas de la antigua nobleza de nuestro país. La educacion virtuosa que recibió en su niñez y hasta los primeros años de su juventud, en que tuvo la desgracia de perder á sus padres, la dan á conocer demasiado no solamente la edificante conducta que observó en esta capital, cuando se vió libre de toda sujecion, sino los demás sucesos de su vida, que manifestaron la solidez de los principios religiosos con que habia sido nutrida su grande alma. Su amor al retiro y á la soledad, la movieron á entrar al convento de la Concepcion de la capital, en cuyo claustro permaneció en clase de niña por espacio de un año, sirviendo de ejemplo á las religiosas por la regularidad de su vida, su frecuencia de Sacramentos, su abstraccion á todas las cosas del mundo, su tierna devocion á la Santísima Virgen, y la práctica constante de las virtudes más perfectas y elevadas.—Como Dios la tenía destinada para fundadora de una nueva comunidad en México, encendió en su corazón el deseo de trasladarse á España, para ser religiosa de una Orden de que le habia hablado repetidas veces su madre con el título de "monjas marianas," agregando que tendria mucha satisfaccion en emplear todo su caudal en fundarlas en nuestra América. Su hija D^a María Ignacia se propuso realizar tan piadoso y útil proyecto, y con este fin se trasladó á la Península el año de 1737, cuando apenas contaba 21 de edad.—Llegada á España y despues de haber visitado el famoso Santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, á la que la señora Azlor profesaba una particular devocion, sobreponiéndose á multitud de dificultades que se le ofrecieron, desoyendo las voces de la carne y de la sangre y despreciando no pocos honoríficos enlaces que se le proporcionaban con las casas más distinguidas españolas, así en razon de sus prendas personales como de su noble cuna y riquezas, por seguir la vocacion divina, tomó por fin el hábito de la Compañía de María, ó la Enseñanza, en el convento de Tudela de Navarra en union de su prima D^a Ana María de Torres Quadrado y Echevers, el 2 de Febrero de 1743, con asistencia de toda la ilustre parentela que tenía en España. Conseguido el objeto de sus deseos, la Madre María Ignacia se entregó enteramente á la práctica de las virtudes religiosas, y es indecible todo lo que adelantó en la perfeccion durante los siete años que permaneció en aquella escuela de santidad. Además de que su natural fervor la estimulaba á amoldarse exactamente á las reglas de la Orden que habia abrazado, la reflexion particular de que ella iba tal vez á ser el instrumento de que el Señor queria servirse para introducir esta religion en la América, la hacían tomar mayor empeño en ajustarse enteramente al espíritu

del Instituto que habia abrazado. Puede decirse sin exajeracion y con las consideraciones que deben tenerse presentes al comparar las personas elevadas á los altares con las que aún no disfrutaban este honor, que así como San Luis Gonzaga fué llamado por su observancia la regla viva de la Compañía de Jesus, la Madre María Ignacia Azlor puede igualmente nominarse la regla viva de la Compañía de María.—Grandes fueron las dificultades que se presentaron en España para la fundacion que intentaba la Madre Azlor, porque no hay empresa de la mayor gloria divina que el comun enemigo no procure estorbar por todos los medios que su malicia le inspira. Así es que ella se difería cada vez más y más, á pesar de los grandes empeños y esquisitas diligencias que se hacian para conseguir la licencia real, el primer requisito indispensable para llevarla á cabo. Ocasión fué esta para que se conociese toda la invicta paciencia y magnánimo corazón de nuestra ilustre paisana: á los ojos humanos parecia casi imposible obtener el permiso que se solicitaba y que tanto se contradecía aún por algunas personas respetables de México, cuyos malos informes eran la mayor rémora en aquel negocio; pero la Madre María Ignacia, sin descaecer ni desistir un punto de sus pretensiones, fiada siempre en el auxilio divino, logró vencer todos los obstáculos: una cédula del Rey Fernando VI de 25 de Abril de 1752 puso fin á sus ansiedades, concediéndole el permiso para hacer la fundacion en nuestra América con doce religiosas del mismo Instituto.—Allanado ya este paso y despues de una larga y penosa caminata, se embarcó la Madre Azlor con la comunidad, dos Jesuitas que les servian de capellanes y otras tres ó cuatro personas distinguidas, que venian haciéndoles compañía; en el puerto de Cádiz el día 12 de Junio, tercero de Pascua del Espíritu Santo y despues de una navegacion de 52 dias, llegaron felizmente el 4 de Agosto al de Veracruz. El siguiente día de Nuestra Señora de las Nieves desembarcaron en el puerto con grande aclamacion de su vecindario y los honores debidos á una corporacion de Señoras, que abandonaban su suelo natal sin otro objeto que el de ser útiles al país que las acogia tan benignamente. Pero una cosa pasaba en Veracruz y otra en México. Aún no desembarcaba la Madre María Ignacia, cuando recibia dos noticias bien amargas; que el Illmo. Sr. Arzobispo y varios sujetos respetables de la capital, estaban decididos á contrariar aquella fundacion; y que las religiosas del convento de la Concepcion, con las que de antemano se habia tratado que las hospedarían en su claustro mientras se les fabricaba el Convento, se negaban á admitirlas y á prestarles aquel servicio. ¡Tribulaciones ambas graves y capaces de oprimir el más esforzado corazón!—Pero el de la Madre Azlor era de más elevado temple, y quien habia luchado con mayores dificultades no podia rendirse á aquellas que, aunque graves,

eran no obstante de menor esfera. Firme siempre en su propósito salió de Veracruz para proseguir su camino á México. En Puebla se le hizo el más honorífico recibimiento; su Illmo. Prelado la invitó á hacer allí la fundacion, y aún le ofreció al efecto casa é iglesia; pero la heróica fundadora no admitió la oferta, y siguió adelante hasta concluir la empresa que habia meditado. Para México solicitó la fundacion y en México debia hacerla, á pesar de cualesquiera obstáculos.—Y la hizo, porque esa era la mision á que Dios la habia destinado. Las religiosas del convento de Regina ofrecieron á la nueva comunidad parte de su monasterio para que en él se hospedasen: el Illmo. Sr. Arzobispo recibió á las nuevas religiosas con la mayor afabilidad, y la misma manifestaron las demás autoridades eclesiásticas y civiles: y vencidas todas las dificultades, quedó decidida la fundacion de la casa de la Compañía de María á fines del siguiente año de 1753. Edificóse el nuevo monasterio y Colegio de educandas en el lugar que hoy ocupan, tomando posesion de él el 18 de Diciembre de 1754.—Tan luego como la Madre Azlor vió cumplidos sus deseos, aunque ya habia dado principio á los ministerios de su Instituto en el convento de Regina, se dedicó á plantearlos por entero en la nueva casa. Nombrada su primera Priora á pesar de la resistencia que opuso, todo su empeño fué el de sistemar aquella comunidad conforme á las demás de su orden establecidas en Europa. Y, en efecto, lo consiguió, sobre todo por el ejemplo que daba á todas sus súbditas y el admirable don de gobierno de que el cielo la habia dotado. Muy pronto comenzó á poblarse el Colegio de niñas de las principales familias de la capital, y el convento de numerosas pretendientas. La Madre Azlor lo dirijía todo y lo arreglaba de una manera tan firme y sólida, que despues de un siglo no ha decaido el fervor en aquella casa, ni el celo de la observancia de un instituto, que basado sobre el de la Compañía de Jesus, tiene por fin no solo la salvacion propia, sino la de los prójimos, con arreglo á su sexo y estado. Volvemos á decirlo, la Madre María Ignacia Azlor que se habia penetrado tanto del espíritu de sus Constituciones, fué el alma de toda aquella fundacion, desde solicitarla hasta darle todo su complemento. Su devocion al Santísimo Sacramento, á María Santísima y á los Santos era sumamente tierna y fervorosa; su intencion en todas las cosas era rectísima; su observancia en los votos que habia profesado, sin igual: su prudencia, su caridad, su mortificacion, su humildad, en una palabra, todas sus virtudes, como correspondia á una persona abrasada en amor de Dios, y que podia decir con la misma verdad que los Apóstoles: “Todo lo he abandonado por seguir á Jesucristo.”—En este género de vida tan ejemplar á sus súbditas y hermanas, tan acepta á los ojos de Dios, y de tanta edi-

ficacion á cuantos concurrían al convento de la Enseñanza, por sus negocios particulares, ó solo por admirar aquella heróica mujer que se había hecho tan célebre, especialmente por su constancia en llevar á cabo una obra de tanta gloria divina. La Madre Azlor, en medio de sus gravísimas ocupaciones, fué acometida de una pulmonía, que la hizo pasar al seno de su Esposo, despues de recibidos los Santos Sacramentos y de haber dado los mayores ejemplos de humildad, paciencia, devocion y conformidad con la voluntad de Dios, el día 6 de Abril de 1767, de edad de 51 años, 24 de religion y 12 de prelada. Su entierro fué lo más suntuoso que se pudo, en atencion á la nobleza de su persona, á su calidad de fundadora y al aprecio general que le profesaba todo México. Su cuerpo descansa en el coro bajo de su convento, delante del comulgatorio, lugar que le correspondía como prelada y fundadora.

A la fundacion de este convento siguió, en esa misma época, segun refiere el P. Alegre el de la Nueva Enseñanza para señoras indígenas, por el P. Antonio Herdoñana, como simple convictorio y del que hablaremos en otro lugar, y posteriormente á ésta otras tres: la del de Irapuato en el Obispado de Michoacan y las del de Lagos y Aguas Calientes en el de Guadalajara. Por las circunstancias actuales del país, no pudieron formalizarse otros dos conventos cuyo establecimiento estaba muy adelantado, en Orizaba uno y otro en Morelia.

Si para el espíritu religioso de la Provincia Mexicana fué de mucha gloria la fundacion de esta piadosa y edificante Orden; no lo fué menos para su sistema de enseñanza el famoso acto literario y público que sostuvo por el mismo año de 1754 en la Universidad de México uno de sus alumnos, D. Antonio López de Portillo. Darémos una idea tanto de la persona del alumno, como de la funcion tan cumplidamente ilustre que presenciaron nuestros mayores.—D. Antonio López Portillo, fué natural de la ciudad de Guadalajara, de la familia honesta y rica de los Galindos: fueron sus padres D. Juan Galindo y D^a Rosa Berroteran; nació él primero de sus hermanos el año de 1730. Se ignora la desgracia que, apenas nacido él, sobrevino á su padre, y que ocasionó la pérdida completa de su caudal, en términos de que entregó su hijo á su hermana uterina D^a Rosalía Cambera, para que lo mantuviese y educase. Esta Señora viuda de D. Antonio Guadalupe López Portillo y cuñada del Obispo de Comayagua, educó á su hijo adoptivo cristianamente, y fué en un todo su segunda madre. La preciosidad de los talentos y suma aplicacion del niño la movieron á dedicarle á la carrera literaria, y al efecto, despues de haber estudiado gramática, pasó al Colegio de S. Juan de aquella ciudad á oír las lecciones de la filosofía que se enseñaba en esa época, y tuvo por maestros á dos sábios Jesuitas, el P. Alejo

Cosío y al P. Antonio Terreros y entre muy notables condiscípulos al P. Salvador Dávila, de que se hablará en su lugar. Sucedió con ese jóven lo que no es comun en las inteligencias precoces, que con frecuencia desaparecen y aún se han visto decaer hasta la estupidez en edad más avanzada: en Portillo fué al revés; á los catorce años sostuvo acto público de filosofía con sumo aplauso de todos los oyentes. En seguida con la misma constancia y aplicacion, no dejando el estudio de noche ni de día sin dar lugar á las más honestas y precisas recreaciones, se dedicó á la teología, bajo la direccion del P. Pedro Reales, y á los quince años defendió por todo un día el acto de esa facultad, con solo uno de estudio en que comprendió con admiracion universal las materias todas que se enseñan en cuatro. Traslado despues al Colegio de S. Ildefonso de México, se dedicó á la ciencia de ambos derechos, canónico y civil, á la que se sentía con particular inclinacion; y empleando desde entonces catorce horas del día en consultar los autores, se adquirió una fama tal, que en pública oposicion y sobre un considerable número de jóvenes no menos aplicados que de claro talento, mereció por pluralidad de votos y aclamacion de sus mismos coopositores el premio que consistía en esa época en ser nombrado colegial real, ó "beca verde," así se decia, sostenido en sus estudios por el tesoro público. Llegaba casi á los veinticuatro de su edad, cuando por excitacion de la Audiencia de Guadalajara, en la que se hallaba de oidor un pariente suyo D. Francisco López Portillo, y además por las de otros muchos literatos de su patria y de México, se decidió á hacer una pública manifestacion de su saber en toda clase de ciencias. A este fin sostuvo un acto público en la Universidad, que duró tres días enteros, sin ningun doctor presidente (segun era costumbre), y convidando á la réplica á todos cuantos quisiesen conocer la profundidad de su ciencia en todas facultades. El programa, como hoy se dice, ó las materias de aquellas tesis fueron las siguientes: la filosofía entera de Losada; la teología completa de Marín; las Instituciones de Justiniano; los decretos de los Pontífices reunidos en un cuerpo por Gregorio IX y sus comentarios por Gonzalez; los escritos de Arnaldo Vinnio; las eruditísimas obras en muchos y grandes volúmenes de Antonio Fabri de quien no se dará sábio alguno que ignore su mérito y grande ingenio, pues habiendo tomado la pluma desde su juventud no la dejó hasta su edad muy avanzada. A todas estas obras de tanto nombre agregó el opúsculo sobre Eucaristía del famoso Jesuita P. Francisco Rábago, de los primeros sábios de España, confesor del rey Fernando VI y calificador del tribunal de la fé, á quien dedicó un día de aquellas funciones. Asombra ciertamente que tantas obras en cuya lectura se consumirá una larga edad, las haya leído, comprendido y meditado aquel jóven singular, como lo manifestó más que

superabundantemente en la exposicion de sus doctrinas, interpretacion de sus principios y solucion á todos los argumentos. Las réplicas, como se dijo, fueron sin ninguna limitacion: multitud de sábios tomaron parte en la funcion, y la grande erudicion, solidez é ingenio de las respuestas en todas materias, satisfizo tan cumplidamente al inmenso concurso de auditores, que por mucho tiempo, para calificar á cualquier jóven de instruido, quedó por proverbio: “es otro Portillo,” “es semejante á ese sábio;” y como en Grecia, despues de la famosa victoria de Salamina, al presentarse en los juegos olímpicos Temístocles se atrajo las miradas de todos, y deseaban universalmente conocerlo, aún las personas ménos curiosas y más retiradas; así á nuestro jóven Portillo deseaba conocerlo todo México, y cuando se presentaba por las calles, plazas y demás lugares públicos, lo señalaban universalmente con el dedo y no le daban otro nombre que el de Portillo como sinónimo de sábio. Fué celebrado en mil composiciones poéticas, recomendado por la prensa, colmado de tantos elogios, que como ha escrito el P. Maneiro parece que en un pueblo tan culto como el de México y tan abundante de poetas, como siempre, no hubiera otro objeto digno de aplausos, sino el jóven guadalajareño. Y aquellos elogios no eran únicamente arranques de la imaginacion y entusiasmo de los poetas, que, como dice un crítico de esa época, solo desean una ocasion para llenar al mundo de sonetos, décimas, odas, etc., y por cualquiera niñería escriben un romance de siete leguas; sino verdaderos y merecidos aplausos dados por los sábios de primera autoridad y nombre, testigos de aquella funcion, y que aún habian tomado parte en ella como réplicas. Tales fueron entre otros el Illmo. Sr. D. Manuel Rojo, natural de México, doctor teólogo por Salamanca, Canónigo entonces de nuestra Catedral, y despues dignísimo Arzobispo de Manila; el doctor D. Juan José Eguiara, dignidad maestre escuelas de la metropolitana; el P. Francisco Javier Lazcano, doctor de Suarez en nuestra Universidad, y uno de los grandes Jesuitas de esos tiempos; el famoso crítico español y sábio benedictino Fr. Benito Feijoo, que hizo mencion muy honorífica de este acto literario, felicitando por él al oidor Portillo, como pariente de nuestro sábio jóven. Pero ninguno de estos encomios llegaron á la muestra que la Universidad de México dió en calificación del saber de López Portillo. Porque, con un ejemplo que jamás se había dado, ni volvió á verse jamás en lo sucesivo, reunido todo el claustro de doctores compuesto de noventa personas, para decidir el premio que merecía un jóven tan distinguido, acordaron que fuera incorporado sin otro exámen, como doctor de las cuatro facultades de que se componía entonces ese cuerpo literario: teología, derecho canónico, jurisprudencia y filosofia, reuniendo en la ínfula de que debia usar, los cuatro colores de cada una de dichas facultades, aun-

que con la sola opcion á las propinas en la primera, que fué la que eligió el distinguido laureado. Además, se mandó colocar en el general su retrato de cuerpo entero, cuyo honor tambien se le dispensó por el Colegio de San Ildefonso, donde concluyó y perfeccionó todos sus estudios. Lo admirable que hubo tambien fué la grande modestia y humildad de nuestro jóven en medio de tantas muestras honoríficas é inusitadas. A todos recibia con una afabilidad y benevolencia que captaba los corazones: no se le notó jamás la menor señal de vanidad y orgullo; y como en cierta ocasion uno de sus familiares le preguntase si tantas aclamaciones como continuamente llegaban á sus oidos y el cúmulo de honores de que se miraba rodeado no excitaban su soberbia, le contestó con toda sencillez é ingenuidad: “¿Qué motivo hay para ensoberbecerse con la ligereza del favor humano? ¿Ignoras acaso que todos estos aplausos de los hombres por mucho que sea lo que resuenau, no son de la misma naturaleza de todas las cosas caducas, que como un ligero humo se desvanecen pronto y pasan para no volver más? Con franqueza te digo: que todas estas cosas me mueven tanto, como si se cantaran á un sordo.” Y entonces aún no cumplia Portillo los veinticuatro años, y sus prendas personales no ménos que las intelectuales, como que lo convidaban á la hinchazon de la vanidad humana. Porque lo que buscaba era la ciencia; y los aplausos que por la excelencia de sus letras le sobrevenían, ó los despreciaba, ó ciertamente nada lo afectaban.—Prosiguiendo la noticia del sábio jóven, dirémos, que despues de recibidos tantos honores pasó á España con objeto de perfeccionarse en las ciencias exactas, poco cultivadas en esa época entre nosotros; y dedicándose en Madrid con el mismo teson al estudio, bajo la direccion del sábio Jesuita aleman, P. Juan Wendlingen, maestro de matemáticas del Colegio Imperial, tomando por texto los cuatro grandes volúmenes de la obra de Claudio Dechal, se hizo no ménos célebre en ese ramo. La Aritmética, Geometría, Geografía, Astronomía, Música, Optica y otros ramos de física tratados por Dechal, objeto de sus tareas, lo hicieron en aquella corte no ménos distinguido, le granjearon no corto número de admiradores y amigos. Cuando llegó á la Habana en el viaje de que acabamos de hablar, había recibido el nombramiento de Canónigo medio racionero de la Catedral de México; mas no por eso suspendió su viaje ni se dió prisa á tomar posesion de su dignidad, hasta cuatro años despues, que concluidos sus estudios matemáticos, regresó á su patria condecorado ya con la canongía de racion entera, como antes se llamaba, teniendo entonces treinta años de edad. Cualquiera creeria que hombre de tal clase sería recibido en el Cabildo con los brazos abiertos; mas no fué así. La circunstancia de no tener el apellido de su padre lejítimo, que era Galindo; dió lugar á la calumnia de te-

nerlo por hijo natural ó bastardo; y por mucho que se depuró el negocio con todos los datos que acreditaban, no solo su legitimidad, si no la nobleza de su origen, no pudo conseguir el que se le diera posesion, ni aun ocurriendo á la Audiencia, que remitió el negocio al Consejo de Indias. Portillo no quiso encargar la defensa de su causa á ninguno, y volvió á España á sostener sus derechos, como lo consiguió, desvaneciéndose enteramente la calumnia y mandándose al Cabildo le diera la debida posesion, como en efecto se hizo con aplauso universal. En ese puesto, disipada ya la tempestad, fué Portillo como una luz puesta sobre el celemin, tanto por la regularidad de sus costumbres públicas y privadas, cuanto por los nuevos aplausos que le merecieron sobre todo su profundo saber en los dificultosísimos casos en que era consultado, por el vireinato en los negocios civiles y por el arzobispado en los eclesiásticos y la elocuencia verdaderamente ciceroniana que se admiraba en sus sermones. Dedicado por ese tiempo al estudio de las lenguas vivas, especialmente la francesa é italiana, asombra lo que aventajó en la oratoria sagrada con la lectura de los clásicos de esas naciones: especialmente se entregó tanto á la lectura de las oraciones del célebre Massillon, que como él mismo confesó á un amigo, no se le pasaba día sin tomarlo en las manos, aconteciéndole pasar noches enteras recreándose con las bellas imágenes y escojidos pensamientos del prelado francés. Así es, que aunque contagiado entonces el púlpito entre nosotros por la peste del *gerundianismo*, tan festivamente combatido en España por el Jesuita Isla, jamás cayó en esas vaciedades nuestro Portillo, como se vió en las famosas oraciones en castellano que predicó en la Catedral en el casamiento del príncipe de Asturias, despues Cárlos IV, y la latina en las honras fúnebres de la reina Isabel Farnesio, que aún existen impresas para gloria de su nombre. A proporcion de esos aplausos eran los honores que se le dispensaban. El marqués de Cruillas, Virey en esa época, y su virtuosa esposa le daban las mayores muestras de amistad: la Universidad de México lo nombró su Rector en 1766 y el Illmo. Sr. Lorenzana, Arzobispo Metropolitano, entre las muchas pruebas que dió del concepto que le merecía, fué una de ellas nombrarlo capellan de las religiosas de Santa Brígida, cuando aun no llegaba á los cuarenta años de edad: empleo de suma importancia y no menos dificultad en ese tiempo. En una palabra, López Portillo habia llegado al apogeo de su gloria, y lejos de eclipsarse la fama que se habia adquirido en su primera juventud, ella crecía en él con la edad. Pero nada hay constante en el mundo. Por el año de 1770 repentinamente llegó á México un decreto real, por el que era llamado á España desterrado de su patria D. Antonio López Portillo. A todos sorprendió aquella inmerecida pena, porque no se conocía la culpa que pudiera motivarla:

mil conjeturas se formaban sobre aquel suceso, aunque ninguna era deshonrosa á la persona de Portillo: la que parecia más probable, era habersele atribuido la impugnacion hecha á una pastoral del Sr. Lorenzana que por aquellos días habia circulado en la capital, y en que tocándose algo sobre la pragmática del año de 1767 habia alarmado la suspicacia del gobierno de Cárlos III. Obedeció rendidamente Portillo, y por tercera vez atravesó los mares para servir en la península española de un ejemplo de los talentos mexicanos y dar de nuevo honor á nuestra patria. Y así fué. Se le nombró Canónigo de la Catedral de Valencia, y en aquella ciudad de las primeras de España, se concilió el mismo aprecio y estimacion que en su patria, tanto por sus arregladísimas y muy suaves costumbres, como por su profunda literatura y sus honrosos antecedentes. Fué oído en el púlpito con el mismo interés que lo habia sido en México: sobre todo, la oracion fúnebre que pronunció en las solemnes exequias del Illmo. Sr. D. Tomás Azpuru, arrancó los mayores elogios, tanto más, cuanto que teniéndose que hablar en ella sobre la legacion del difunto prelado en Roma y sus tareas diplomáticas en la Santa Ciudad en negocios tan opuestos á las opiniones de nuestro paisano, tocó este punto con tanta maestría, que sin herir susceptibilidades de la época ni faltar á la verdad, dejó á todos complacidos y edificados, como puede verse en esa pieza oratoria que se imprimió de cuenta de aquel Cabildo. En el mismo fué nombrado Vicario Capitulár en la Sede vacante, empleo que desempeñó á entera satisfaccion. Igual aprecio mereció al Illmo. D. Francisco Fuero, sucesor del Sr. Azpuru y á la Academia de las tres nobles artes de la misma ciudad, fundada en 1775, en cuya inauguracion pronunció un discurso en que manifestó su inmensa literatura, y que nada le era extraño en los ramos de los conocimientos humanos. De tan honorífica manera pasó su vida en Valencia nuestro sábio paisano por espacio de diez años, generalmente estimado, aplaudido y lleno de honores, así de parte de su Cabildo, como de la de todas las autoridades civiles, de los sábios y aun de las últimas clases de la sociedad; pues una de las virtudes que más lo distinguieron fué la misericordia con los indigentes, que nunca salieron desconsolados de su presencia. Y si á esto se agrega la cordura, prudencia, política y bellas maneras con que trataba á todo género de personas, no debe admirar que su muerte fuera generalmente sentida en toda aquella populosa poblacion. En fin, adoleciendo de una mortal hidropesia, en cuyo tratamiento sufrió por tres ocasiones la puncion para dar salidas á las aguas del vientre, viendo que se acercaban sus últimos momentos, hizo dar una satisfaccion por medio del Sr. D. Pedro Silva, distinguido jefe militar, al eminentísimo Sr. Lorenzana, entonces cardenal y arzobispo de Toledo, manifestándole la ninguna parte que habia